

Comentario al libro "Hija del viento, hija del fuego", de Michèle Najlis

Halil Bárcena*

Dicen que son malos tiempos para la poesía éstos que nos han tocado en suerte vivir; y, sin embargo, hay quien sigue empeñándose en ser poeta. Y digo ser poeta, en el sentido más hondo del término, y no escribir poemas, pues son cosas distintas. Hay poetas que lo son sin apenas pergeñar un puñado de versos, mientras que hay quien compone y compone, incluso bien, pero en modo alguno es poeta. Y es que la poesía no es una actividad más a ejercer en horas muertas, sino una acción total que no se detiene ni al dormir, ya que el sueño, el sueño del poeta, también es una forma muy refinada de poesía. Así, se es poeta al escribir pero también al callar, cuando se ama o en el desamor, ante el abismo del misterio o frente al efecto apaciguador de la belleza en todas sus formas.



Pero que nadie se lleve a error, que el sueño del poeta sea forma muy refinada de poesía no quiere decir que el poeta sea un soñador, alguien que vive fuera del mundo, como a veces se le achaca desde la mentalidad utilitarista que nos acecha desde la modernidad. El poeta, al igual que el iniciado espiritual (nótese que evito voluntariamente la palabra místico), es el más realista e inteligente de todos los hombres, como decía Frithjof Schuon, pues sólo el poeta -también el iniciado espiritual, insisto- es consciente de que no se puede evitar lo inevitable: por ejemplo, que cuanto nace debe morir.

La poesía así vivida ocupa todo el tiempo, toda la vida; y toda la vida es mucho tiempo. La poesía, al menos tal como la concibe quien esto escribe, constituye un

* Institut d'Estudis Sufís de Barcelona.

modo de vida, como también lo es la religión, o si lo prefieren, la espiritualidad, que es esa palabra comodín que hoy usan algunos a modo de sustitutivo de la malsonante 'religión', por temor a ser tildado de anticuado u otras cosas peores. La poesía es un modo de vida, una manera noble y heroica de ser y estar en el mundo.

El poeta, cuando es digno de tal apelativo, tiene algo, bastante, mucho, del guerrero tradicional, pues escribe con la intensidad propia de quien, como el guerrero, sabe que la muerte acecha y que, en cualquier momento, puede morir. La poesía es un riesgo, como la fe del espiritual: el riesgo de entregarse por completo, el riesgo de perderlo todo a cambio de nada. Y eso es lo que otorga veracidad a la poesía de los poetas de verdad, que, de uno u otro modo, la muerte siempre está presente en sus versos, como lo está en sus vidas.

La poesía no es un escudo protector, no ofrece garantía alguna de seguridad. Ser poeta es vivir en vilo, en un estado de incesante desazón, porque lo que en verdad le preocupa y duele al poeta, como refleja bien la autora del presente poemario, jamás halla su fin. El sabio sufí persa Mawlânâ Rûmî (m. 1273), maestro de derviches, decía: "*¿Qué culpa tengo yo si el amor nunca se acaba?*", como recoge la autora en el pórtico de uno de sus poemas. El poeta persigue revelar un secreto que jamás nadie podrá revelar, y él -ella en este caso- lo sabe, y lo sabe mejor que nadie y, a pesar de todo, mejor que nadie lo dice, porque los poetas son siempre quienes mejor saben decirlo todo. De ahí que su presencia sea imprescindible, puesto que pocas veces las palabras han valido menos que hoy. Los poetas son los celadores del lenguaje, máxime en una sociedad como la nuestra, que devora con pasmosa facilidad toda palabra, inclusive las de apariencia más noble. Hoy, las palabras, como las sirenas de Ulises, nos arrojan contra los acantilados de lo superfluo y de la banalidad más banal.

Pero, por fortuna, insisto, aún quedan poetas, como la autora del presente libro, *La hija del viento*. Una hija del viento que bien pudiera decirse también hija del fuego, pues es el fuego el elemento que más brilla en estos breves poemas, quizás porque hay algo en el aire y el fuego -*fuego de viento* dice la autora- que es común a ambos. ¿Acaso no decía el poeta sufí persa Mawlânâ Rûmî (m. 1273), maestro de derviches, refiriéndose al *ney*, la flauta sufí de caña, que su canto es fuego, no aire?

Son breves los poemas que Michele Najlis, poetisa de largo recorrido, nos brinda en este su último libro. Semejan eso que los sabios sufíes, los iniciados espirituales del islam, denominan perlas de sabiduría, que son algo así como la mínima expresión de lo máximo. Los poemas de Najlis son breves y ponderados en el uso de la palabra cual perlas sufíes. Nada sobra en ellos, nada les falta, rasgo inequívoco de que nos hallamos ante una poetisa de verdad cuya verdad son sus poemas. Y en eso, justamente, consiste la gran poesía: en decir mucho con bien poco, como *La hija del viento*.